

gloria alonso

los tiernos lazos

El infierno principia cuando Dios nos da la clara visión de todo lo que hubiéramos logrado, de todos los dones que hemos desperdiciado, de todo lo que hubiéramos hecho y no hicimos .

Gia-Carlo Menotti.

El hombre ha dicho que no se ha quedado tan tranquilo, como si el título colgado en la pared y su bata blanca le dieran derecho a decidir por ella, como si sus palabras no fueran esa bola que se le va formando en la boca del estómago y que la obliga a salir a toda carrera dejando al hombre con la mano extendida y los saludos al marido y la suegra.

Mientras abre la portezuela del coche oye las palabras paternales y siente el golpecito en el hombro: —“Imposible Rosario, está muy avanzado, completamente imposible”.

Tirada sobre el asiento del auto solloza incontrolablemente repitiendo: “¿cómo pudo ser, cómo?”. Alguien suena un claxon y de reojo ve la impaciencia de la mujer que espera el lugar para estacionarse: “¿va a salir o no. . .?”.

Echa a andar el motor como sonámbula: “Debo recoger a las niñas a las dos, tengo una hora para el super y la panadería, me olvidé decirle a la criada que hierva los espaguetis, a las cuatro Toñito tiene cita con el ortodoncista, a las seis llevar a Raúl al catecismo, ¿quién llevará a Tina a la clase de ballet?, también tengo que ir al Inglés a ver a mi suegra”.

Las lágrimas le impiden ver el Paseo de la Reforma, ha llegado casi a la entrada de la carretera a Toluca, detiene el

auto y se estaciona a un lado de la calzada, siente los coches desbocados pasar a su lado, oye la sirena de una ambulancia a lo lejos, reclina la cabeza en el volante como en el hombro de un amigo, las cosas corren hacia atrás, ve jirones de película pasar rápidamente, su pasado con la boca abierta le lanza recuerdos, la golpea por dentro, precisamente allí, en la boca del estómago donde se le forma esa bola dura y pesada en la que están escritos los nombres de sus cinco hijos, de su marido, de su suegra, de su madre. Esa bola que sube y sube y se convierte en el mostrador de Sears Roebuck (sucursal Lindavista) catorce años atrás.

Corría 1964 y ella tenía veinticinco años, era una muchacha casi “quedada” como decían las amigas de su madre. Ella entre suéteres de lana y blusas de artisa y tergal, muchacha desmadejada de huesos largos y espalda un poco comba a fuerza de ocultar unos senos demasiado grandes. Una chica feúcha con una fealdad amable en una cara plácida donde sólo los ojos grandes y acaramelados y el pelo largo y brillante ponían una nota vivaz.

El llegó una tarde en busca de un regalo muy especial para el diez de mayo, recalcó el “especial”, porque ¿sabe? mamá es muy difícil para los regalos. Ella buscó en los cajones con prolijo empeño el suéter de color apropiado a la edad de esa madre que él retrataba: “no le gustan las ropas muy severas, pero tampoco usaría esas ropas que se llevan ahora”. Ella encontró un suéter sencillo y elegante con dos maripositas bordadas a mano, unos pequeños toques de chaquira en las alas. Le pareció perfecto. Los demás clientes se quejaban de su deferencia hacia ese joven de lentes que había llegado después, pero atraída por sus maneras suaves y su sonrisa tímida, ella le había entregado su tiempo en medio del barrullo sin hacer caso de las quejas.

—Si no le gusta a su mamá, se lo cambiaré, me llamo Rosario.

Aceptó su mirada agradecida y su mano tibia, un poco floja.

No volvió a verlo en dos meses, pensó en él un poco, sin gran interés, no había pagado con tarjeta de crédito, así que ni su nombre sabía y total ¿para qué?

La sorprendió un sábado casi a la hora de cerrar.

—Señorita Rosario vengo a agradecerle el regalo que escogió para mamá. ¿recuerda? le gustó muchísimo.

Ella se hizo como si no recordara, se quedó pensativa un segundo y después con gran sonrisa respondió: “Sí, sí, claro que me acuerdo, ¡qué bueno que le gustara!”. Continuó acomodando blusas, cerrando cajones, un poco nerviosa de saberlo parado allí dándole vueltas a la llave del coche. Cuando terminó, él con determinación le dijo:

—Creí que le gustaría dar una vuelta o tomar un café. . . claro, si no tiene otro compromiso.

Ella pensó en los sábados en el cine Lindavista, las bolsas de palomitas, las compañeras de siempre y sin vacilar aceptó.

Ya sentada en el Volkswagen recordó que no había avisado a su madre y que ignoraba el nombre del joven. Quizás adivinando él se apresuró a decirle:

—Me llamo Antonio Fernández Mina, casi casi soy vecino suyo, mi madre y yo vivimos en esta colonia.

Ella tomó nota de aquel "mi madre y yo" y cambiaron coincidencias: vivían con las respectivas madres en el mismo barrio, hijos únicos ambos, sí, siempre aquí, no, ella había estudiado en el Helen, él en el Cumbres, después se había recibido de contador en La Salle, ¡qué colegios tan alejados de allí! pero claro, antes no era tan difícil, no había tanto tránsito, tanta gente, habían perdido mucho tiempo esperando camiones, por eso cuando él entró a trabajar en el Banco se compró su Volkswagen, no, ella no sabía manejar, tampoco necesitaba coche, su madre y ella vivían en un departamento cerca de la tienda. A él no le gustaban los departamentos, claro, siempre había vivido en la misma casa, ahora muerto el padre resultaba un poco grande para la madre y él, pero mamá no dejaría ni su casa ni la colonia, ¡la pobre quedó tan sola al enviudar!. Sí, sí, comprendía, lo mismo con mamá, viuda también (más tarde le confesaría que el padre las había abandonado para irse a California con una gringa).

De coincidencia en coincidencia se les hicieron las doce de la noche, ella le agradeció los cafés y se despidieron a la puerta del edificio viejo donde los departamentos tenían renta congelada, el suyo era el 17, algún día quizá subiría a conocer a la madre, también él algún día la llevaría a la casa a conocer a mamá.

A los tres meses las dos madres se conocieron y simpatizaron ¡tanto en común!. Se fijó la fecha de la boda enseguida, la ceremonia fue en la iglesia de San Cayetano porque allí oficiaba el padre Pablo, tío del novio. Los jóvenes quisieron una reunión modesta, a lo sumo veinte personas, unos parientes de él, unas compañeras de ella, no era cosa de tirar el dinero, mejor usarlo en un viajecito a San Francisco a disfrutar la luna de miel.

El ya conocía la ciudad, lo había enviado el Banco a una Convención, a ella le pareció maravilloso pasear por el Fisherman Wharf, subir al trenecito, recorrer las calles inclinadas, se asombró ante los "Flower Children" que llenaban la ciudad envueltos en mantones de Manila, sarapes, marihuana y mugre. A ella en realidad le habían fascinado las muchachas con flores en los cabellos y en los tobillos, alelada las miraba pasar sonrientes, cantar en las esquinas, tiradas bajo los árboles bebiendo a pico de botella vino barato y quería detenerse a disfrutar un paisaje inasible. No se atrevió a confesarle al marido cuánto le gustaban esos chicos y chicas, porque él había apresurado el regreso diciendo: "esta ciudad está en la total depravación, es peligrosa".

Algo de ella quedó en la ciudad mágica, recordaba mucho a las muchachas rubias, hermosas, tiradas en el pasto a ver correr las nubes.

Dejó de pensar en ellas cuando supo que estaba embarazada, con alegría preparó la canastilla, las ex compañeras le hi-

cieron varios "baby showers", la suegra la ayudó mucho, una amiga de la madre le dio una fiestecita tan importante que hasta salió en sociales del Herald.

Tina fue una niña muy hermosa, al verla supo que tendría que llevarla a clases de ballet y música, todo aquello que ella no pudo estudiar.

Cuando llegó el segundo embarazo sintió que había pasado muy poco tiempo, todavía Tina no caminaba, pero no había sido tan difícil, como decía la suegra: "Así juntitos los hijos no se sienten". Toñito fue el orgullo de todos, una parejita perfecta, además la suegra facilitaba tanto el trabajo.

Cuando nacieron las cuatitas tuvo que dejar las clases de flores de migajón y hasta las de costura, no era posible llevar dos bebés a Singer, las otras alumnas se quejaban. Las criaditas que conseguía no duraban: "mucha ropa para lavar señora, muchos niños". La suegra tomó a su cargo la cocina pero siempre y cuando alguien le ayudara a preparar todo porque ella estaba muy vieja.

Sin decir a la familia consultó un médico y comenzó a tomar la píldora, le producía náuseas, unas manchas oscuras en la piel que el médico llamó "crosomas", finalmente tuvo que dejar de tomar la medicina. Una amiga le trajo de Estados Unidos unos óvulos que debían introducirse antes de hacer el amor, acto que la llenaba de angustia, rehuía el contacto con el marido, se negaba alegando dolores, malestares que el hombre no comprendía, cuando accedía el único pensamiento que la dominaba era "basta, termina, déjame", corría al baño a lavarse, borrar el momento de angustia, que no quedara rastro. Al regresar a la cama el marido dormía o fingía dormir.

Por dos años creyó estar libre, ya Tina tenía nueve años cuando se embarazó de nuevo. Antes de decirle al marido ensayó todos los métodos caseros que le recomendaron, tés de hierbas, lavados de jabón, saltar a la cuerda, ni siquiera unas inyecciones que le puso el médico dieron resultado, como si el hijo estuviera incrustado a ella con cemento. Una conocida del salón le dijo una dirección en Toluca, pero tuvo miedo, recordó un artículo leído en **fem.** donde hablaban de las infecciones, la muerte en lugares sucios atendidos por médicos fracasados o curanderas.

Le propuso al marido que la llevara al médico familiar, que lo convenciera de hacerle un aborto. Por primera vez lo vio verdaderamente enfurecido ¿cómo podía ella romper sus convicciones más firmes, sus creencias, destrozarse la familia, el sacrificio diario en el Banco, los años felices? Si ella cometía ese crimen, porque era un crimen, él sería capaz de acusarla. La escena la dejó laxa, tirada como una cosa mojada y sucia.

Aceptó los siguientes meses con la pasividad aparente de siempre, pero algo estaba roto en su interior: se levantaba a las seis, llevaba a las tres niñas a la escuela (a Toñito lo llevaba el marido) corría a los mercados sobre ruedas para reducir el gasto, ayudaba a la única recamarera que había conseguido. A veces mientras tendía una cama se quedaba sentada



al borde pensando que era una mujer monstruosa y odiaba a ese hijo, que odiaba también a los otros. "Mamá necesito unos cuadernos mis pantalones de basquetbol están sucios/ la profesora dice que vaya a las Juntas/ cósemelas mallas/ me duele una muela/ llévanos al cine/". "Y yo? ¿dónde está mi tiempo? ¿cuándo puedo estar sola unos momentos?"

Cuando el nuevo bebé tenía dos meses aprovechó un viaje del marido para "ligarse las trompas" (epiceptomía lo llamó el médico que le cobró seis mil pesos, sus únicos ahorros). No se quedó en el sanatorio, debía volver a la casa, poner la cara de todos los días. Se metió en la cama contando algo de un dolor intenso del hígado, quizás un principio de úlcera. Mientras la suegra le servía un té de yerbabuena, ella olvidaba el dolor y pensaba que la humillación valía la pena, aquel haberse sentado frente al médico con las piernas abiertas, aquel sentir sus manos hurgándola dentro, apretando ciñendo sus órganos, había sido un triunfo y ya todo se resolvería, todo estaría bien.

Por un largo periodo creyó que había puesto fin a la angustia diaria, creyó que todo se resolvería viviendo por dentro. Nunca pensó que un día iba a tener que sacar todo aquello que la iba socavando como si su cuerpo estuviera invadido por el comején y que los insectos hacían su trabajo implacable, con cada hijo, con cada noche al lado de su marido que por no hacerse algo tan sencillo como una vasectomía, la había condenado a aquel correr por la ciudad de colegio en colegio, a remendar camisas, a estirar su tiempo para dárselos a "ellos".

La tranquilidad de sus amigas la asombraba ¿estaría mal de la cabeza! ¿por qué ellas tienen esa pasividad que a mí me falta? viven el pastel de queso o la receta para hacer buen paté o tejer un suéter, como algo extraordinario. ¿Por qué todo se le mezclaba por dentro y la sensación angustiosa casi nunca la abandonaba? Si su madre decía que todo estaba

bien, que era muy afortunado con tan magnífico marido, si la suegra mostraba con orgullo a los nietos y le contaba a todos lo perfecta ama de casa que era esa nuera, si todo estaba liso y pulido como un piso de mármol, ¿por qué ese mármol se hacía una bola y le golpeaba por dentro?

A veces creía que todo estaba vagamente conectado con el viaje a San Francisco y las chicas con flores en los tobillos, pero ya ella tenía treinta y cinco años, cinco hijos y en 1974 ya las muchachas no usaban mantones de Manila ni los chicos se dejaban cola de caballo.

El marido prometió llevarla a San Francisco cuando cumplieran diez años de casados, ella prefirió ir con toda la familia a Acapulco.

Como ya el pequeño Raúl iba al colegio, el marido le regaló una camioneta último modelo, blanca forrada de plástico rojo, con velocidades automáticas y aire acondicionado para los calurosos días de Mayo cuando todavía no terminaban las clases y ella tenía que correr de una escuela a otra recogiendo niños. La madre y la suegra estuvieron de acuerdo que Antonio era un hombre excepcional.

Finalmente todo estaba casi bien, como las gladiolas que ponía en la sala los sábados, como las comidas en familia los domingos, las vacaciones en Acapulco y Cuernavaca, todo hu-

biera estado bien y comenzaba a olvidar la bola de mármol y el comején, pero al rayar casi los cuarenta años el médico le acaba de decir las palabras frías, tan conocidas: "imposible Rosario, está muy avanzado".

Alza la cabeza del volante y ve los árboles que bordean la carretera. ¡Oh, tirarse a leer un libro y ver pasar las nubes hasta el anochecer!

Piensa en las niñas esperando en la puerta de Madoxx, en la sirvienta que no sabrá que hacer en la cocina, en la suegra en el Hospital con la cadera rota, en el marido que llegaría a comer a las dos y media en punto, en Toñito y su cita con el ortodoncista, en Raúl que llorará en el kinder, pero sobre todo en el papel con la dirección de la curandera de Toluca; calle Sur No. 414, Toluca, Estado de México.

Ve la lluvia sobre la carretera, línea de cemento que se alarga repleta de bocinas furiosas, voces encadenadas que se sueltan y atraviesan la calzada, rebotan contra la camioneta. Comienza a acelerar, sus manos aprietan el volante, siente el coche como un cuerpo que se le incrusta, traspasa la barrera de los otros coches, ya no sabe si es ella o es la máquina esa furiosa mezcla de fierro, vidrio, gasolina, lámina que empuja el acelerador y sube a ciento ochenta kilómetros el velocímetro, ciento ochenta kilómetros y allá lejos Toluca

